

Tampoco se puede pasar por alto la forma variable con que se cita en este libro el nombre de un mismo autor, así Feliciano de Silva (p. 84) y da Silva (p. 82); Ribeyro (p. 84), Rybeiro (p. 199) y Ribeiro (p. 82, p. 84), Núñez del Reinoso (p. 82), Núñez Reinoso (p. 82), etc.

A pesar, pues, de estos defectos, fácilmente subsanables, por lo demás, creo que la lectura de esta obra es imprescindible en el panorama actual de los estudios sobre la mujer en los Siglos de Oro.

Isabel COLÓN CALDERÓN

VÉLEZ DE GUEVARA, Luis: *El espejo del mundo. La serrana de la Vera*, ed. George Peale (Cal State Fullerton Press: California, 1997).

Parece que Luis Vélez de Guevara está siendo por fin justa y correctamente situado dentro del panorama de la literatura española como uno de los grandes dramaturgos del Siglo de Oro. A Vélez de Guevara se le reconoce unánimemente el talento por esa estupenda novela satírica que es *El Diablo Cojuelo*, pero su labor como autor teatral ha pasado durante mucho tiempo casi desapercibida. Fuera de la obligada referencia a *La serrana de la Vera* o *Reinar después de morir*, las obras teatrales del astigitano han sido ignoradas o menospreciadas al encuadrar a su autor bajo la etiqueta de los epígonos de Lope de Vega.

El primero en reivindicar el teatro de Vélez fue Emilio Cotarelo, hace ya muchos años. Vinieron después importantes trabajos de Spencer y Schevill, de Maria Grazia Profeti más modernamente, y en la actualidad cabría destacar las valiosas aportaciones bibliográficas de Germán Vega. Pero los últimos años están resultando especialmente fructíferos: en octubre de 1994 se celebró en Écija —patria chica de don Luis y «sartén de Andalucía»— un congreso internacional que intentó reubicarlo y proyectar su figura en el presente. Las actas de ese exitoso simposio —publicadas en 1996— reflejan la amplia gama de géneros literarios en que brilló con luz propia el genio artístico de Vélez de Guevara: la prosa satírica, la Comedia Nueva y el teatro breve (donde también se probó con menos frecuencia que talento).

Pero sin duda el paso más notable es el que acaba de dar por fin George Peale, tras varios años de espera desde que lo anunciara. Peale decidió acometer —en compañía del desaparecido William R. Manson— la difícil tarea de elaborar una edición del teatro completo de Luis Vélez. El proyecto anunciado en principio por Peale —ediciones críticas y anotadas de sus obras teatrales completas, divididas en varios tomos temáticos: comedias históricas, novelescas, religiosas, etcétera— se vio, sin embargo, frustrado por diversos impedimentos editoriales.

El nuevo plan del profesor de California consiste en ir editando poco a poco las comedias en volúmenes individuales; de hecho, no estamos reseñando aquí una edición conjunta de dos comedias de Vélez, sino dos volúmenes distintos que hemos agrupado para dar idea del proyecto global: la edición de *El espejo del mundo* hace las veces de volumen inaugural, puesto que al frente figura un prefacio donde se hacen constar las normas editoriales a seguir en los sucesivos volúmenes. Destaca en este apartado una interesante cuestión de crítica textual: se dice, en primer lugar, que el propósito de la edición es «establecer textos de obras que sean tan fidedignos, en relación a las originales de Vélez, como permitan las fuentes manuscritas e impresas»; pero advierten los editores, por otra parte, que «en ningún momento pretendemos que los textos aquí editados representen la intención última y definitiva del autor, o que estén depurados de todo elemento extraño a él» (p. 29).

Se trata, pues, de una especie de eclecticismo ecdótico encaminado a ofrecer las obras de Vélez de Guevara como resultado de un proceso en el que los textos originales pueden haber sido alterados en mayor o menor medida por diferentes circunstancias teatrales y editoriales, incluso por la propia voluntad del autor: Peale recuerda el caso del autógrafo de *El Águila del Agua* —comedia reescrita por Vélez bajo presión del censor Juan Navarro de Espinosa— y cree que lo correcto sería «transcribir el documento completo, haciendo constar todas las modificaciones [...] sin implicar por ello ninguna preferencia de una versión sobre la otra. Dar prioridad a una intención autorial sobre otra no sólo hubiera sido [...] una errónea presunción crítica, sino una falsificación histórica» (p. 31).

A vueltas con otro de los típicos problemas de edición de textos áureos, las normas de transcripción propuestas por Peale pueden suscitar algunas pequeñas dudas, inevitables en estos casos: siendo Vélez de Guevara natural de Andalucía —es decir, con cierta idiosincrasia fonética— y conservándose tan sólo cinco autógrafos de sus comedias, la cuestión parece bastante compleja. Ya intentó en su día Gerald Wade ofrecer unas normas de transcripción válidas para las obras de Vélez, y ahora Peale establece su propio modelo de modernización, cuyo objetivo es facilitar la comprensión moderna desde el respeto a las particularidades dialectales de Vélez.

Todo el mundo tiene su propia opinión acerca de estas «cuestioncillas» de la edición de textos; también en nuestro caso, habiendo editado alguna obra dramática de Vélez de Guevara, discutiríamos algunas de las decisiones tomadas por Peale (como, por ejemplo, el respeto casi paleográfico al *usus scribendi* del autor en ciertas palabras modernizables). Pero resulta evidente que esas soluciones han sido «remeditadas» —como dice él— y nacen de un profundo conocimiento del lenguaje de Vélez y de la voluntad de «entreoir la huella de su voz [...] y el tonillo de nuestro autor». Discrepancias aparte, lo más importante es establecer un criterio y aplicarlo con coherencia. De ahí que el profesor americano haya decidido ocuparse personalmente de toda la parte textual de las ediciones: él prepara el aparato crítico al completo (fijación del texto, métrica, variantes, estema, etc.), mientras que los sucesivos volúmenes de la serie contarán —salvo excepciones— con introducciones de diferentes críticos (la mencionada Profeti, en el caso de *El espejo del mundo*).

Los otros títulos ya aparecidos son *Don Pedro Miago*, *El conde don Pero Vélez* y *don Sancho el Deseado* y *La serrana de la Vera*. Merece algunos comentarios la edición de esta última obra, emblemática de la dramaturgia veleciense. El estudio introductorio corre a cargo de James Parr y Lourdes Albuixech, quienes se centran fundamentalmente en la cuestión de las fuentes (la tradición folclórica y *La serrana de la Vera* de Lope de Vega), el trasfondo sociopolítico de la obra y las connotaciones homosexuales de Gila, tema favorito —al parecer— de la crítica norteamericana actual.

El texto base es el autógrafo de 1613; las notas textuales —observaciones referentes al códice y enmiendas a las ediciones anteriores de Menéndez Pidal y Rodríguez Cepeda— están dispuestas a pie de página y se encabezan por el número de verso, sin que aparezcan esas molestas e innecesarias llamadas de nota que tanto afean el texto. Con el objetivo —se supone— de ahorrar espacio, las notas se han dispuesto a dos columnas, lo cual es una buena idea para este tipo de notas textuales, que suelen ser escuetas, aunque no parece adecuado aplicar el mismo método a las notas aclaratorias y bibliográficas de la Introducción —por más que se «reduzcan» sólo las referencias abreviadas—, ya que la página resulta confusa y poco estética.

Por otra parte, tampoco podemos estar de acuerdo con la decisión de situar las notas filológicas al final del texto —aunque tal incómoda práctica está ya muy extendida— y, sobre todo, sin ninguna llamada de nota: en el caso de las notas textuales son del todo prescindi-

bles, pero para una nota explicativa es absolutamente inexcusable la presencia de al menos un pequeño asterisco —si no queremos pintar de números la página— avisando de la existencia de una aclaración o una información complementaria. Si las ponemos al final y sin ninguna llamada en el texto, las notas se convierten en un bulto sospechoso, un adorno erudito carente de valor; y Peale, aparentemente, sí les otorga pertinencia funcional, pues reconoce que «la anotación incluye notas harto elementales» con la intención de dar a conocer la obra de Vélez al mayor público posible.

«Por la misma razón —dice el editor— prescinde [la anotación] de extensos cotejos documentales con otras obras de Vélez u otros autores». Ésta es, desde luego, una decisión muy legítima y nada criticable, aunque el manejo de textos comparados resulta extraordinariamente útil, tanto para conocer mejor el lenguaje de Vélez como para explicar pasajes oscuros de otros escritores coetáneos. A quien necesita que se le expliquen ciertas obviedades, poco pueden perjudicarle esas notas más extensas y sustanciosas que sirvan de provecho a otros lectores, y que George Peale ha demostrado estar sobradamente capacitado para proporcionar.

Quede claro, no obstante, que estas observaciones provienen de un gusto particular y que la propuesta de Peale —avalada además por una cierta moda editorial que parece irse imponiendo— resulta perfectamente legítima por su coherencia. Como último punto negativo referente a las notas, hay que mencionar que se han perdido —por errata de imprenta— las correspondientes a las pp. 199-200 de *La serrana de la Vera*, cuyo lugar ha sido ocupado, al menos en el ejemplar que hemos manejado, por las pp. 197-98 repetidas.

Concluyamos este asunto de las notas explicativas con una de cal, encareciendo la utilidad del índice de voces comentadas con que se cierran los volúmenes, una costumbre muy recomendable y que por desgracia se echa en falta en demasiadas ediciones de textos áureos. Deben prevalecer, pues, los muchos elogios que merecen las ediciones manejadas y, en general, el proyecto acometido por el profesor Peale; era necesario hacerlo, pero no parecía que hubiera la persona con la preparación, el coraje y los medios necesarios para emprender la aventura. Sea, pues, bienvenida esta nueva edición crítica y reciba sinceras felicitaciones su responsable.

Héctor URZÁIZ

ISSOREL, Jacques (ed.): *Crepúsculos pisando. Once estudios sobre las Soledades de Luis de Góngora*, Marges —Publications du Centre de Recherches Ibériques et Latino-Américaines de l'Université de Perpignan núm.16 (Perpignan: Presses Universitaires de Perpignan, 1995), 244 pp.

Si 1994 fue un año fausto para los lectores de don Luis de Góngora gracias a la magnífica edición de las *Soledades*¹ llevada a cabo por Robert Jammes, con este volumen colectivo parecen confirmarse los tiempos de bonanza crítica de la que actualmente disfruta la obra más ambiciosa del vate cordobés. Once artículos de desigual profundidad y extensión componen el libro, todos ellos marcados por el magisterio del brillante profesor de Toulouse.

En una de las mejores aportaciones, «Les *Solitudes* comme système de figures. Le cas de la synecdoque», Mercedes Blanco realiza un estudio pormenorizado de diversos aspectos de esta figura retórica en el entramado verbal del poema y pone de relieve lo que constituye, a

¹ Luis de Góngora: *Soledades*, ed. Robert Jammes (Madrid: Castalia, 1994).